

La relevancia del otro en sociedades con temor al otro

Abstract: *The Relevance of the Other in Societies with Fear of the Other*

This paper is divided into two parts. The first one deals with historical, political, social and economic analysis of migrations since the Spanish conquest to our days passing through XIX century and North American presence and pressure on Caribbean trade. The second one focuses on philosophical issue of “otherness” and shows the impact of migrations on receiving societies. It underlines the logic of exclusion which regulates the relationship between USA and Mexico, and some of the problems involved, such as drug trafficking and social violence. The essay ends with a reference to José Martí and his negation of the ontological and epistemological status of the issue “struggle of races”.

Keywords: Conquest, Domain, Violence, Otherness, Latin America

La pobreza y el conflicto estructural son notas predominantes de la situación latinoamericana, que no es posible eludir sin tergiversar la realidad. Para la reflexión ética, éste es un dato central a tener en cuenta sin que sea posible reducirlo a meros accidentes circunstanciales capaces de modificar los juicios morales. Si se considera, por otra parte, que, política y económicamente, los países de América Latina son naciones dependientes de los grandes centros [...] se puede comprender por qué desde una situación de pobreza inhumana y dependencia, la ética ha de hacerse con la convicción de que éste constituye un problema ético fundamental.
(Miguel Ángel Sobrino)¹

1. Introducción

El fenómeno migratorio en términos objetivos no es un asunto nuevo, tiene ya una larga data. Éste ha sido parte sustancial del proceso seguido por las sociedades a nivel mundial desde hace siglos. Se ha generado por múltiples factores, entre otros: el clima, el agotamiento de los recursos naturales, la violencia en diverso espectro, los conflictos armados, la convulsión social, luchas religiosas, etc. A partir de estas primeras consideraciones, se propone este trabajo, donde se pretende hacer una serie de reflexiones filosófico-sociales sobre esta realidad que ha estado presente en todos los continentes y que se ha incrementado notoriamente en las últimas dos décadas. Para realizar esta labor, deseo partir de una cuestión que es central, reflexionar de manera contextualizada, es decir, desde el ámbito donde me ubico, la América Latina, y particularmente, México, como punto de engarce y foco de múltiples conflictos en la región centro-caribeña, por la cercanía, colindancia y área de encuentro histórico-cultural que se inicia en el periodo precolombino hasta nuestro presente. Dicho de manera muy concreta, una región en extremo compleja y conflictiva.

Para ello, se va a dividir la exposición en dos partes: en la primera se va a hacer una serie de planteamientos de orden histórico, social, político y económico, tratando de

* Universidad Autónoma de Querétaro (México).

¹ Sobrino (1999), p. 130.

hacer ver la importancia y transcendencia de dicho análisis, y por qué tiene una incidencia central en el fenómeno migratorio. En la segunda, se van a exponer algunas reflexiones sobre el problema del otro, de la alteridad; y su impacto en las sociedades receptoras de migrantes. Esto implica una serie de consideraciones sobre la forma en que los seres humanos enfrentamos lo diverso, lo diferente, esta visión en mucho determina la conducta de las sociedades ante eso que consideramos extraño, ajeno.

2. Mesoamérica y su desarrollo

Retomando este plano, se debe decir que esta porción de Latinoamérica, el área centro-caribeña, ha tenido como nota relevante haber sido considerada como “lugar de paso”. Esta consideración tendrá con el curso del tiempo un peso decisivo en el desarrollo posterior de esta región. Esto fue así porque la corona española nunca encontró en ella, ni la riqueza ni el potencial material y humano que había visto en el antiguo imperio Mexica. Las condiciones materiales y humanas de lo que posteriormente se conoció como la Nueva España rebasaban con mucho lo visto en Centroamérica y el Caribe, en consecuencia, centraron todo el proceso de la conquista y colonización en México; donde obtuvieron riquezas insospechadas, como el descubrimiento de las minas de oro y plata en Guanajuato y Zacatecas, que era una de las fuentes de enriquecimiento más apetecidas por los españoles, y configuró su imaginación a lo largo de los siglos XV y XVIII.

En términos objetivos, este fue un factor que determinó los espacios de atención, desarrollo y consolidación de la corona española en la América Latina para esta región. En este sentido, es menester decir que de ninguna manera es una reiteración fuera de lugar o desproporcionada, entre otras razones, porque en la actual Centroamérica, con excepción de la parte central del altiplano guatemalteco y la región de Santa Rosa de Copán en Honduras, se desplegó la cultura maya, llevando con ella un proceso civilizatorio con un alto grado de consolidación estatal, política y social; ya que el resto eran pueblos con un escaso desarrollo socio-cultural, es decir, estaban en un nivel de desarrollo menor al ya mencionado. Este elemento visto en perspectiva histórica implicará sobre los hechos una diversidad evidente en el interior de los distintos pueblos que conformaron la actual región centroamericana y caribeña.

A partir de esta idea, este elemento fue generando el desplazamiento sistemático de las colonias y regiones españolas en América, mucho de ello se dio en función de los recursos y riquezas naturales que mostraba la regionalización de la conquista y colonización americana, así como el nivel de organización socio-política. El ejemplo que se puede proponer sobre el planteamiento expuesto fue el poderío desplegado por el imperio Mexica o Azteca, que subordinó a toda Mesoamérica, y los confines de su presencia los podemos ubicar en la actual Nicaragua. A mayor grado de consolidación estatal y social, mayor era la presencia española, esto quiere decir que los españoles fueron aprovechando las estructuras ya establecidas para su propia consolidación, y como puente de mayor apropiación de riqueza.

Un dato muy concreto de esto que se está comentando fue la concepción y la valoración que le daban a las diversas etnias y culturas que iban encontrando a su paso. Se puede proponer lo que afirma Marta Elena Casaús para el caso guatemalteco:

La génesis de la clase dominante guatemalteca hay que buscarla en la época colonial. La conforman desde sus inicios aquellas personas o grupos familiares que se hacen con la tierra y el trabajo del indígena a partir de la Colonia. [...] Posteriormente, en el siglo XVII se refuerza con

los peninsulares y funcionarios de la Corona y con la presencia de nuevas oleadas, principalmente de origen vasco, que llegan a Guatemala a mediados del siglo XVIII².

Así, pues, el proceso seguido por la colonización española estuvo marcado por estas realidades que a la vuelta de tres siglos configuraron lo que actualmente es una región con un desarrollo económico, político, cultural e ideológico bajo, entre otras razones, porque nunca estuvo en la mente de los peninsulares que esta región despuntara y generara sus propias condiciones estructurales de sustentabilidad. Es decir, nunca se desarrollaron sus fuerzas productivas y sus relaciones de producción se mantuvieron estancadas, esto fue creando el espectro de pobreza, depauperación y abandono actual. Sobre este punto, se pueden proponer algunas ideas y planteamientos que corroboran los planteamientos vertidos. Para ello nos vamos a permitir citar lo siguiente:

por ejemplo, la acumulación originaria ha separado a los trabajadores directos de los medios fundamentales de producción, más no por ello los ha constituido mayoritaria y aceleradamente en trabajadores libres, en obreros modernos. [...] lo que no se puede cuestionar, porque pertenece al orden de los hechos objetivos, es que el trabajo forzado y múltiples rasgos más de servidumbre estaban todavía vigorosamente presentes en la sociedad de Guatemala, no sólo en aquella época sino aún con ulterioridad³.

Con los elementos vertidos podemos tener una idea muy clara sobre la situación centroamericana y caribeña. Su pasado los configuró y los definió en un presente heterogéneo, amorfo; compuesto de profundas contradicciones en diverso orden y nivel. Sociedades que reflejan sus procesos materiales y espirituales de manera muy diáfana. Por ello, mucha de la situación socio-económica de esta región está anclada estructuralmente a su pasado, ésta le ha dado la tesitura explícita, y el porqué de los desplazamientos que se han generado en los últimos años, con un componente específico, su carácter masivo.

Tampoco hay que perder de vista un asunto que es clave, estos países históricamente han sido sociedades agrarias, campesinas, es decir, el núcleo central de su desarrollo económico está anclado en el cultivo de sus recursos naturales, de los diversos productos que, a partir del siglo XIX, por efecto de la presencia norteamericana, comenzaron a tener presencia en el mercado mundial, entre otros: el azúcar, el plátano, el café. Ante esta presencia se fueron creando zonas exclusivas también conocidas como “enclaves”, zonas económicas, que rompían con la dinámica económica en el interior de estos países al crear “islas o zonas privilegiadas” para el mercado internacional.

Esto por su propia lógica creaba sobre los hechos economías sobrepuestas, una para el mercado interno, con una bajísima renta, en términos objetivos, subvaluada, esto es, la comercialización de esos productos se cotizaba por debajo, incluso, de su propio gasto de producción; mientras que los “enclaves” generaban zonas de exclusión que dan como resultado último un carácter amorfo y desequilibrado a la economía de estas naciones. Sobre este punto hay un planteamiento que nos permite ubicar con mayor cuidado lo expuesto: «El desarrollo extremadamente desigual de la actividad agropecuaria fue configurando, por lo demás, una matriz muy heterogénea en la que las áreas dedicadas a los cultivos de exportación contrastaban nítidamente con las de producción para el consumo interno y ni se diga con las de subsistencia, aun en aquellos países donde no existía propiamente una economía de “enclave”»⁴.

² Casaús Arzú (2002), p. 133.

³ Cueva (1987), p. 9.

⁴ Ivi, p. 9.

Lo expuesto es una expresión minúscula de una realidad en extremo acuciante. No está fuera de lugar decir que las sociedades centroamericanas, al igual que muchas otras a nivel global, literalmente están a la deriva de la historia y del desarrollo material. Un caso que se ubica en las mismas coordenadas que se han comentado son muchos de los países africanos, con bajísimo nivel de desarrollo, donde prima el desempleo, el subempleo, la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, la inseguridad social, junto con la violencia delincriminal e institucional, que atraviesa todo el cuerpo social. Esto genera lo que llamamos en México “el caldo de cultivo perfecto” para la generación de la migración masiva, incontrolable, caótica.

Así, pues, una característica que va mostrando la migración centroamericana y caribeña se refiere a la exacerbación de la violencia social y delincriminal. Mucha de ella prohibida por el narcotráfico asociado con bandas locales que han hecho de amplias zonas geográficas territorio de nadie, en el sentido de que el propio Estado en cuestión tiene poca injerencia, por omisión o colusión. El caso mexicano es paradigmático. En el sexenio encabezado por Peña Nieto, la violencia tuvo márgenes impresionantes, donde el Estado estaba en una posición de espectador, por decir lo menos, o en franca colusión con esos grupos delictivos. Este dato fue internacionalmente muy comentado.

Para muchos analistas, académicos y teóricos este es “el espejo fiel” de la sociedad global, que dista mucho de ser resuelta, todo esto encabezado por una ideología decadente y magra en términos teóricos, estructurales y programáticos como lo es el neoliberalismo, que ha desestructurado a las llamadas “sociedades emergentes” como lo serían muchas de las latinoamericanas, al meterlas en una dinámica de abandono y pauperización aguda. Al respecto, hay una idea en este sentido que confirma lo dicho: «Es un hecho abundantemente demostrado que el neoliberalismo es una técnica económica y no constituye ningún avance para la ciencia económica. Inclusive, para analistas más perspicaces, el neoliberalismo sólo representa una corriente de pensamiento económico carente de cualquier fundamento científico»⁵.

Haciendo un ejercicio de síntesis socio-política, podemos concluir que muchas de las causas y los factores que actualmente están induciendo la migración centro-caribeña hacia el norte del continente americano están ya marcados en la citada propuesta de Agustín Cueva. Pero el asunto muestra más aristas, es mucho más complejo que esas dimensiones, porque condensa una serie de factores que convergen de manera concreta en dicho proceso, uno de ellos es su dimensión cultural e ideológica, aunque no tenga un carácter explícito como sería la idea del rechazo o aceptación del *otro* como extraño, intruso, o invasor.

3. *El otro como antagónico*

La idea del otro históricamente ha estado presente en todas las sociedades, el asunto a discutir es: ¿cómo tratar o reflexionar sobre esa realidad? Haciendo un recorrido mínimo veremos que lo extraño, lo diferente, se muestra como antagónico, es decir, como algo o alguien que hay que rechazar o temer. Sobre este elemento puede dar razón el llamado “encuentro” de las culturas originarias de América con los europeos recién llegados, cuestión compleja y conflictiva, entre otras cuestiones, porque los españoles no sabían quiénes eran esos “a los que descubrió”, y menos cómo tratar con ellos.

El desconocimiento mutuo era evidente, más para los europeos por una idea que venían trayendo desde su salida de España, el prejuicio racial e ideológico, al considerarse superiores en diverso sentido. El hecho de que los originarios de América no hablaran ni compartieran ni la religión, ni la cosmovisión de los europeos, eso era para los recién

⁵ Arriaga Rodríguez (2000), p. 81.

llegados razón más que suficiente para dominarlos y sojuzgarlos. Lo que efectivamente sucedió, y dio como resultado 300 años de predominio ibérico a lo largo y ancho del continente, con excepción del norte, colonizado por Inglaterra y Francia, en un proceso, a su vez, violento y desgarrador por los resultados que tuvo para los pueblos del norte americano.

La discusión sobre este “primer encuentro” se prolongó por más de 100 años en una serie de debates y disputas centradas fundamentalmente en consideraciones de orden teológico-filosófico; la pregunta era: ¿cómo considerar a esos recién descubiertos? ¿Seres humanos o bestias? La disputa partía de una definición en sí misma sumamente cuestionable: “la superioridad intrínseca del europeo”. Ante tal definición era obvio que el “resto de la argumentación” se desplegaba por sí sola hacia una concepción a favor de esa supuesta superioridad europea. Mauricio Beuchot retomará a Bartolomé de las Casas para precisar la discusión al decir que:

para Las Casas, la definición del hombre es una sola, y se aplica a todos por igual. Dicha definición se cifra en la racionalidad (cfr. *Historia de las Indias*, t. II, pp. 396-397). Los hombres tienen razón y voluntad, y, por lo mismo libertad o libre albedrío. Todos tienen la misma composición de cuerpo y de alma. Todos confluyen en lo mismo natural, tienen los mismos principios por los que pueden ser conducidos y desarrollados (cfr. Texto 1)⁶.

La cita planteada nos da la orientación toda de la cuestión a tratar, esta es, ¿por qué la negación o el recelo hacia el otro? Como se podrá observar, estas disputas siguen siendo “el pan de cada día” en nuestras sociedades, ya sean “avanzadas o subdesarrolladas”. El cuestionamiento sigue en pie, ¿si todos los seres humanos ontológicamente somos iguales en dónde radicaría la diferencia o la supuesta superioridad?

Para el caso latinoamericano, este asunto se ha expresado en medio de una conflictividad que muchas veces no ha tenido un punto fijo porque se ha movido en una dimensión estrictamente racial; en otros, tiene un componente ideológico-político; en otros más, es de orden económico. Todas estas dimensiones en definitiva muestran no sólo el miedo, sino el rechazo hacia el otro, por ser precisamente eso: diferente.

Es evidente que ese rechazo estaba anclado en una lógica, en una visión del ser humano que se desplaza por diversa vía, es decir, no sólo tiene un componente antropológico, ideológico, sino, también contiene una dimensión político-social, al ser considerados como sujetos de explotación. Sobre esta disputa el mismo Beuchot ampliará la idea que tenía Las Casas sobre la disputa al decir que: «Así, la esclavitud o la servidumbre no pueden venir por algo esencial o natural, sino sólo por accidente, es decir, por algo accidental o fortuito. Por eso la libertad es derecho natural, y la esclavitud sólo puede ser de derecho de gentes y de derecho positivo»⁷.

En este orden, uno de los quehaceres de la filosofía está dado por su capacidad de reflexionar críticamente sobre su tiempo y sus sociedades, al plantear, proponer, valorar y generar, no sólo ideas, sino también recrear en la conciencia de los sujetos la construcción de nuevos mundos, nuevas sociedades; donde se haga posible una existencia efectivamente humana y digna. Como dirá Mario Magallón, «por ello, la filosofía es creación, invención, es decir, experiencia de *poiesis* y de *episteme*. [...] el filosofar es lucha rebelde insobornable que se resiste a ser mediatizada, alienada y sometida a la ideología dominante de la época»⁸.

⁶ Beuchot (1995), p. 18.

⁷ Ivi, p. 20.

⁸ Magallón Anaya (2012), p. 21.

Este punto es pertinente de cara a las reflexiones que se vienen proponiendo, sobre todo, si tomamos en cuenta que nuestros pueblos están transitando por una vertiente que privilegia a unos pocos, y excluye a la mayoría. Es aquí donde se hace urgente una serie de consideraciones críticas que hagan posible esta construcción de mundos donde todos podamos caber, sin exclusiones y negaciones de ninguna naturaleza. La cuestión de fondo se establece de manera muy concreta, sobre todo, cuando nos ponemos de cara ante nuestra realidad – si es que la vemos – esto es, no podemos avanzar en una propuesta integradora de lo humano, sino tenemos o entendemos que somos parte de una unidad, una colectividad que nos genera nuevas formas de sociabilidad. Lo contrario es seguir en la lógica de la exclusión y la negación del otro.

No es ninguna exageración afirmar que nuestras formas de socialización siguen ancladas en concepciones excluyentes y profundamente ideologizadas sobre lo otro, lo que hace de nuestro horizonte socio-histórico y de nuestras sociedades espacios cerrados y extremadamente proclives a la confrontación y a la violencia. Esto conlleva una situación, un componente extremadamente complejo porque, objetivamente, el otro es totalmente negado; y de ahí se pasa a una visión de mundo prejuiciado y antagónico con todo aquello que no comulga con mis concepciones. Por esto, podemos afirmar junto con Mario Magallón que: «el *nosotros y lo nuestro* latinoamericano sólo se hacen posibles en la historia, en la cual se especifican y diferencian los entes historizados y adquieren valor *entitativo*. [...] Así, en la dialéctica de la conciencia histórica se perfila la unidad en la diferencia, la cual implica una “lucha a muerte” por el reconocimiento como «hombre entre los hombres en libertad, justicia y equidad»⁹.

La tesis planteada para muchos puede parecer un asunto fuera de lugar, éste es precisamente el meollo de la discusión, ¿queremos superar las actitudes y las visiones tribales? Pues, debemos aceptar y entender como un dato esencial a la condición humana, la diferencia, el otro. Lo contrario es continuar en el rechazo, la violencia y la exclusión en todas sus formas. Asunto en extremo denso y complicado porque nuestras formas de relación caminan sobre otras coordenadas que no son precisamente la búsqueda de la síntesis dialéctica a la que se nos convoca sino la recuperación de una conciencia histórica que tenga como horizonte al otro en cualquiera de sus expresiones y manifestaciones. Dicho de esta manera, nuestras relaciones, efectivamente, se constituyen de un modo complejo, diverso, plural, y la nota fundamental estaría dada, como afirma Mario Magallón: «lo cual obliga a la necesidad de plantear una nueva manera de interpretar el nosotros y los otros, más allá de la forma tradicional, que hasta la actualidad se relaciona desde una visión unidimensional, desde posiciones elitistas, excluyentes, racistas y marginales»¹⁰.

Así, pues, se puede decir que la conflictividad y la cerrazón mostrada por los españoles a su llegada al continente americano fue abonando y exacerbando la negación y el rechazo del otro, esto se fue desplazando por diverso marco de referencia, hasta llegar al tiempo presente. No es ninguna exageración afirmar que estas concepciones siguen vigentes, con diverso tono y enfoque, pero están presentes. La segregación, el recelo, la violencia física y simbólica hacia el otro es manifiesta en diverso contexto y situación, a lo largo y ancho del planeta.

Avanzando en la exposición, un ejemplo de esto es “la relación” que tiene Estados Unidos particularmente con México y la región centro-caribeña. Es una relación ambivalente, conflictiva, confusa en términos “teóricos”, es decir, porque no hay explícitamente hablando una definición clara. Se les niega a los latinoamericanos la

⁹ Ivi, p. 29.

¹⁰ *Ibidem*.

entrada a Estados Unidos, pero piden su presencia, porque son la mano de obra clave para el “buen funcionamiento” de su economía. Esta es una de las contradicciones flagrantes del gobierno norteamericano y de todo gobierno con tintes imperialistas. Esto es extensivo al problema del narcotráfico, se dicen profundamente preocupados por ello y supuestamente lo “combaten frontalmente”, pero, sobre los hechos, es uno de “lubricantes” de la sociedad norteamericana, al tener una población de 60 millones o más de adictos a todo tipo de drogas y estupefacientes.

Mucho del rechazo, la negación o el desprecio hacia el migrante para el caso nuestro está en las concepciones que tiene Estados Unidos hacia Latinoamérica. Un elemento central es su total incomprensión y desprecio hacia nuestra cultura y valores, como diría uno de los ideólogos de George Bush, hijo, Samuel Huntington en el “Choque de Civilizaciones”, voy a parafrasear uno de sus dichos al decir que: los pueblos al sur del Río Bravo son objetos de explotación porque no tienen las condiciones para ser como nosotros. Por otra parte, se dicen saber mucho sobre los latinoamericanos, en el fondo, son iguales a todo pueblo imperial, los de abajo, los inferiores, los que están fuera de sus marcos culturales, políticos, económicos e ideológicos, no les importan realmente. El mismo Leopoldo Zea ya lo decía de manera clara y explícita:

“Los Estados Unidos asumen una proporción importante de liderazgo en esta iniciativa. Entre las naciones del mundo, sólo los Estados Unidos tienen tanto la estatura moral como los medios para sostenerla”. No es el triunfo del hombre sin más, sino el de un grupo de hombres que no están dispuestos a convivir y a compartir sus éxitos con gente que no ha demostrado estar a su altura.¹¹

Lo expuesto por Zea en esta cita es lapidario y contundente, ésta es “la lógica” que mueve al gobierno norteamericano hacia la exclusión latinoamericana, esto en un contexto específico que no puede ser simulado, ni pasado por alto. Estas ideas muestran de manera diáfana la concepción de un pueblo imperial que se siente poderoso, pero vulnerable. Vulnerable ante una región que camina sobre otros códigos culturales, sociales, ideológicos, religiosos; hace que sus “certezas” se tambaleen ante el embate de una realidad totalmente otra, como el ser pueblos milenarios, con una tradición cultural que los mismos colonizadores de Norteamérica nunca imaginaron. He ahí uno de los grandes desafíos que tiene Estados Unidos ante la América Latina.

La inconsistencia que muestran ante estos pueblos que se ven y se conciben como diferentes, los hace temer. En el fondo, “esos otros” tienen una concepción del mundo, de la vida, de los otros, de la naturaleza, del cosmos en una dimensión incluyente y armónica; en la búsqueda de una sociedad diferente, renovada. Por ello, “el anglo” toma una actitud agresiva, violenta, defensiva, como si esos pueblos y sus gentes fueran a quitarles su poderío. Esta es parte de la incomprensión que se mencionaba más arriba.

En este sentido, el problema del otro pasa por la incomprensión que tenemos del otro, al que negamos, relegamos y marginamos, por considerarlo inferior, inculto, “bárbaro”. Porque no está en sintonía con el llamado “mundo occidental”, moderno que pide o reclama de él una serie de “notas o características” que lo hagan competitivo, eficiente, productivo; lo contrario es ser una carga, un lastre, un ser excluido; y en consecuencia, un indeseable en la sociedad de la opulencia, del consumo y el despilfarro.

Desde esta perspectiva, una cuestión que debe ser planteada es la siguiente: durante el siglo XX en nuestra América hubo una serie de ideas, concepciones y definiciones,

¹¹ Zea (1996), p. 58.

donde se resaltaron principios raciales entendidos como una expresión cultural. Esta visión por consecuencia condensaba ciertas posiciones excluyentes y prejuiciadas de orden ideológico, político, cuyo fundamento estaba anclado en supuestos eugenésicos, que supuestamente permitía la clasificación de las razas en superiores o inferiores según determinadas características y rasgos morfológicos. Como en el pasado, este tipo de concepciones contiene una expresión fascista de orden racial elaborada desde un marco difuso de orden biológico, político, antropológico, social y culturalmente hablando.

Desde este marco se ha pretendido generar “la explicación” sobre una supuesta inferioridad científica, cultural o científica del latinoamericano; echando mano de categorías raciales, y de ahí a una interpretación sobre “la causa” y por qué los pueblos a sur del Río Bravo están en una condición de inferioridad, marginalidad y atraso. Como se puede apreciar, en el contexto latinoamericano ha habido una larga tradición teórico-reflexiva sobre el asunto del otro, del humanismo y la dimensión antropológica de los mismos. Esto si lo ponemos a consideración de las reflexiones, veremos que choca frontalmente con esas reflexiones, entre otras razones, porque la idea o el concepto de humanismo en la visión latinoamericana viene precedida por una larga ruta de elaboración teórico-discursiva, sin temor a equivocarnos, tiene más de 500 años.

Esto ha sido así porque “aparecimos” ante los ojos de Occidente como pueblos y culturas que con el paso del tiempo fuimos asimilando y sintetizando un mar de mezclas y razas que vinieron a poblar nuestro continente. Uno de nuestros pensadores que trabajó de manera profusa sobre esta cuestión fue José Vasconcelos, al ofrecernos su idea de raza, concebida como mezcla racial y materializada en el mestizaje. Esto es la América Latina, se constituye en síntesis de razas, crisol de culturas, donde todos son convocados a la conformación de esa síntesis humana donde se desprenderá un mundo nuevo incluyente. Mario Magallón retoma una de las ideas centrales de Vasconcelos al decir: «la mezcla racial dará origen a la quinta y última raza, una raza mixta, la “raza cósmica”, la cual reunirá las mejores cualidades de todas las otras»¹².

De ninguna manera se puede afirmar que la reiteración e insistencia sobre estas realidades sea una impertinencia o un asunto fuera de lugar. El mismo Leopoldo Zea con enorme perspectiva ya discutía estos asuntos al inicio de este siglo y centuria, en el sentido de hacer ver la trascendencia pero, a su vez, la problematicidad que iban a crear estos conflictos en un futuro inmediato, sobre todo si tomamos en cuenta que el desarrollo capitalista acumula y exacerba estas problemáticas, por efecto de su propio desarrollo. No tiene, en sí mismo, nada de novedoso este asunto; lo novedoso es la virulencia y el carácter depredador que ha cobrado. Donde se confrontan de manera descarnada “lógicas” antagónicas que se asumen como únicas y definitivas; las demás literalmente son irrelevantes.

Por ello, más que antagonizar se debe aceptar como parte del entramado socio-histórico la diversidad, al otro. Todas las sociedades en mayor o menor medida han pasado por estos procesos. Tampoco se trata de soportar al otro, como si fuera una carga irremediable, el mismo Zea diría lo siguiente: «comprender y respetar lo distinto para ser a su vez igualmente comprendido y respetado. Ver en el otro un semejante en esa diversidad y concreta expansión. Respetar, comprender la diversidad es ampliar la propia y diversa identidad»¹³.

Sobre este punto hay que decir que nos hemos equivocado rotundamente, al excluir o marginar a todos aquellos que por alguna razón tuvieron que salir de sus lugares de origen. No es una decisión ni sencilla ni fácil. Ello implica romper con un entorno, una

¹² Magallón (2010), p. 156.

¹³ Zea (1996), p. 54.

realidad, una cultura y un medio que nos acoge y nos da ciertas seguridades. Por otra parte, el hecho mismo de migrar nos pone de cara ante una realidad que, vista desde diverso enfoque, nos hace ver las limitaciones y la miseria humana que cargamos de cara al otro. Esta afirmación tiene un margen amplio de certeza porque nos muestra quiénes somos en nuestra estricta y exacta dimensión, negamos al otro por recelo, desconfianza e ignorancia.

Es evidente que la explicación sobre esta realidad contempla en su seno muchas más vertientes, por ser un fenómeno multifactorial, no se agota en “una sola explicación”, ello implica abrir nuestro arco de visión, abrírnos con ánimo constructivo y solidario, la aceptación y encuentro con ese otro al que vemos con recelo y desconfianza. Esto también ha estado atravesado por un sin fin de prejuicios y actitudes discriminatorias y raciales, que se han incubado históricamente y que han dado como resultado la negación de ese otro, y la cancelación de su inclusión en un contexto y un entorno nuevo. Y así es que el otro se convierte por el desconocimiento, prejuicio e ignorancia, en una realidad hostil, violenta y cruel.

Esta sería parte de la explicación que se puede proponer, ante un contexto, un entorno, una sociedad que ha hecho de los seres humanos, simple y llanamente “objetos”, a saber, cosas que se puedan vender, intercambiar o desechar. El miedo, el recelo que origina el extraño, el diferente por no estar “a la altura” del hombre occidental, de su visión materializada y hedonista, hacen de las relaciones sociales un apéndice del consumo. Lo demás es total y absolutamente irrelevante, es decir, quiénes son, cómo son, cuáles son sus anhelos, sus aspiraciones y sus valores, pasan a un tercer nivel de consideraciones.

4. A manera de conclusión

Sin ánimo estridente ni desproporcionado, estas son algunas de las notas del rechazo, el miedo, la xenofobia que recorren el mundo contemporáneo, sobre todo para las sociedades “altamente desarrolladas”, al considerar la migración como una enfermedad, un cáncer, algo que debe ser extirpado de su propio seno. Seres humanos que proceden de otras latitudes, contextos y cosmovisiones; para el caso europeo, la migración negra y musulmana que ha invadido el continente buscando el calor, el sustento y la seguridad de una vida que pueda llamarse digna, humana.

De este lado del Atlántico, el asunto no es menor. Las razones, las motivaciones, las características de la migración tienen en su esencia los mismos referentes. La búsqueda de una vida que les posibilite su pleno desarrollo como seres humanos. Una aspiración sólo enunciada, y pocas veces alcanzada. Los centro-caribeños son sujetos, sociedades a las que históricamente se les ha negado esa posibilidad, la han buscado, pero se les ha cerrado la posibilidad de llegar a esa condición de humanos con dignidad. Años, siglos de atraso, de penuria, de negaciones sistemáticas, de búsquedas, de utopías anheladas y negadas, de sociedades que expulsan miles de seres humanos sin futuro, sin esperanza, sin posibilidad de acceso a una vida que los proyecte en una dimensión humana.

Estas son, también, algunas de las reflexiones que se hacen los propios migrantes, no con la explicitud de alguien que tiene los recursos teóricos, metodológicos, que cuenta con herramientas conceptuales y discursivas para explicar estos fenómenos, pero están ahí, vivas y presentes porque son las de los propios actores que se preguntan y cuestionan sobre la crudeza de un mundo que los antagoniza y rechaza. Termino este trabajo con una cita del gran José Martí que, al hablar contra todos aquellos que atacaban a los pueblos originarios desde el prejuicio racial, afirma que no existe conflicto entre las razas, porque no hay razas. Esto a su vez nos reitera la necesidad de hacernos

respetar y entendernos todos como seres humanos con derechos plenos, sin ser escatimados o conculcados, más en estos tiempos donde vemos que la migración es vista como una calamidad, una enfermedad, y no como un derecho de los seres humanos de buscar su plena realización:

Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. [...] Peca contra la humanidad el que fomenta y propaga la oposición y el odio de las razas¹⁴.

Bibliografía

- Arriaga Rodríguez, J. C. (2000), *El Neoliberalismo como pseudociencia*, en Maerk, J.-Cabrolié, M. (eds.), *Existe una epistemología latinoamericana*, Plaza y Valdés/Universidad de Quintana Roo, Colombia, pp. 77-88.
- Beuchot, M. (1995), *Bartolomé de las Casas (1484-1566)*, Ediciones del Orto, Madrid.
- Casaús Arzú, M. E. (2002), *La Metamorfosis del racismo en Guatemala*, CHOLSAMAJ, Guatemala.
- Cueva, A. (1987), *Prólogo*, en Lozano, L.-Gutiérrez-Haces, M. T.-Salazar Valiente, M. et. al. (eds.), *Centroamérica: una historia sin retoque*, IIE/UNAM/El Día, México, pp. 7-14.
- Magallón Anaya, M. (2010), *Filósofos Mexicanos del Siglo XX. Historiografía Crítica Latinoamericana*, CIALC/UNAM/Ediciones EÓN, México.
- Magallón Anaya, M. (2012), *Miradas Filosóficas Latinoamericanas. Antropoética política de la educación y de la universidad en la crisis global*, ISCEEM, México.
- Martí, J. (1979), *Nuestra América*, en Id., *Política de nuestra América*, Siglo XXI, México, pp. 35-102.
- Sobrino, M. Á (1999), *Ética de la conflictividad en América Latina, entre la tensión y la tolerancia*, en Zea, L.-Magallón, M. (eds.), *Latinoamérica encrucijada de culturas*, IPGH/FCE, México, pp. 113-134.
- Zea, L. (1996), *Fin del Siglo XX. Centuria Perdida?*, FCE, México.

¹⁴ Martí (1979), p. 43.